

En torno a la poesía de José M.^a Blanco White

Por Juan NAVEROS SANCHEZ

Al tratar de presentar a una personalidad literaria tan acentuada como ignorada, tan injustamente criticada como vilipendiada, se siente la necesidad de hacer algunas consideraciones sobre la historia de la literatura española.

Una historia literaria, tal y como la proyecta y piensa cualquier mente con unas mínimas pretensiones de objetividad y justicia, debería estudiar en perfecta simbiosis entre hecho histórico y literario el valor de un texto u obra, sin que sea determinante para su calificación o descalificación las peripecias vitales de su autor. Asistiríamos así al paulatino desmoronamiento de determinados mitos literarios, así como a la consideración de otros valores, entre los que indudablemente estaría José María Blanco White.

Resulta casi obligado referirse al hablar de estas cuestiones a Menéndez Pelayo con su partidista, y en algunos casos como el que nos ocupa, injusta obra *Historia de los heterodoxos españoles* (1), y cómo no a la pléyade de seguidores que lo repiten hasta la saciedad en sus postulados y métodos, que han contribuido decisivamente a que hoy tengamos que seguir diciendo aquello de que la historia de la literatura española, en gran parte, está por hacer.

Entre tanta animadversión, han estado a punto de hacer desaparecer de nuestra historia, como a tantos otros, el rastro de una de las más importantes e inteligentes figuras de su tiempo de no haber sido por la extraordinaria labor desarrollada por Vicente Llorens en la exhumación de los escritores del exilio español en Inglaterra en el siglo XIX (2).

No es mi intención entrar en los detalles biográficos de este insigne escritor de triste y desventurada vida (3) en el que ni el amor a las letras y al estudio pudieron suavizar un solo instante los anhelos de su alma impetuosa.

(1) El libro VII, cap. IV, está dedicado íntegramente a Blanco White.

(2) LLORENS, Vicente: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra. (1823-1834)*, Edit. Castalia, Madrid, 1968, 2.^a edic.

(3) Son muchas las biografías y sólo cito las que creo más importantes: *Autobiografía de Blanco White*, edición, traducción, prólogo y notas de A. Garnica, Univ. de Sevilla, Colecc. de bolsillo, 1975.

MENDEZ BEJARANO: *Vida y obras de D. José M.^a Blanco y Crespo*, Madrid, 1920, pp. 13-299.

BADEN POWELL: «Life of the Rev. Joseph Blanco White» en *Westminster Review*, XLIV (1845), pp. 273-325.

THOM, J. Hamilton: *The life of the Rev. Joseph Blanco White*, London, 1845.

GARNICA, A.: «Blanco White en Cádiz», en *Archivo Hispalense*, n.º 176 (1974), pp. 1-40.

PIÑEYRO, E.: «Blanco White», en *Bulletin Hispanique*, XII (1910), n.º 1 y 2, pp. 71-100 y 163-200.

ODGERS, J. C.: «Joseph Blanco White. A newly discovered portrait», en *The Inquirer*, London (16-VIII-1906).

GLADSTONE, W. E.: «Life of Mr. Blanco White», en *The Quarterly Review*, LXXVI (1845), pp. 167-203.

La vida de Blanco es la historia de una permanente insatisfacción, encuadrada en una época de cambio e inestabilidad en todos los órdenes, de contradicción y duda. A través de su obra y personalidad podemos ver reflejada la angustia espiritual de su tiempo; «su espíritu —en palabras del crítico inglés Gladstone— fue un campo de batalla» (4), donde su actitud crítica chocó repetidamente con las convenciones religiosas y morales de su tiempo. Y después de todo, «en plena normalidad —escribe Méndez Bejarano— nadie vale más ni menos que el medio en que nace, vive y muere, y si el rayo del genio rompe el equilibrio, no puede resultar más que uno de dos extremos: o el trastorno del medio o la tragedia individual» (5).

Al final de su turbulenta vida y de haber pasado por tres iglesias, católica, anglicana y unitaria, podía concluir y afirmar desengañado que el ejercicio de un pensamiento libre y racional no era posible en ninguna iglesia y que el carácter excluyente y combativo era propio de toda ortodoxia religiosa y política (6).

Ha sufrido mucho la figura de Blanco por los intereses de la parcialidad, desde los entusiastas admiradores extranjeros y anónimas simpatías que lo acompañaron hasta el sepulcro, hasta los detractores inflamados en el fervor de la ortodoxia.

Como la pasión es mala consejera del juicio sereno e imparcial, han hecho falta muchos años para que con ánimo sosegado y compartiendo aquello, que él mismo decía en su *Life* (7), de que una sociedad debe «aprender a actuar de acuerdo con el principio de que todo, en el hombre y sus preocupaciones, es progresivo y nada puede ser encerrado para siempre en las mismas formas, a menos que destruyamos en seguida la vida que lleva dentro», sorprenda a todos sus estudiosos la desproporción entre el valor de su obra y su escasísima resonancia.

Apartando a un lado prejuicios, antipatías y querellas, paso a lo que considero es mi inmediato objetivo: el estudio de su mérito literario, y en concreto de su poesía. Para ello es obligado hablar del grupo de amigos y de la institución a la que debió el encauzamiento de sus primeros impulsos poéticos. Llegó la «Academia de Letras Humanas» a fundarse en mayo de 1793 con la protección de don Juan Pablo Forner, hombre admirado y respetado como funcionario, escritor y sabio (8), y la aportación y entusiasmo de unos pocos jóvenes poetas, estudiantes de teología la mayoría, de los que más lucirán e influirán en la primera mitad del XIX. Sus componentes principales fueron: don Manuel M.^a de Arjona (1771-1820), indiscutible y respetado jefe, gran idólatra de Fray Luis y de Herrera; don Fausto Matute y Gaviria, director de *El Correo Literario de Sevilla*; don Alberto Lista (1775-1848), gran admirador, amigo y traductor de Blanco; don Félix José

(4) GLADSTONE, W. E.: *op. cit.*, p. 64.

(5) MENDEZ BEJARANO: *op. cit.*, p. 229.

(6) *Observations on Heresy and Orthodoxy*, London, J. Mardon, 1835, 1.^a edic., p. 112).

(7) THOM, J. Hamilton: *op. cit.*, p. 24.

(8) Sabio para él, como dice en la epístola que le dirige en 1796, es aquel que además de hombre de ciencia no desdeña sus deberes sociales y patrióticos.

Reinoso (1772-1841), primer secretario de la Academia; don José M.^a Roldán, don Félix M.^a Hidalgo, don Francisco de Paula Crespo, don Francisco de Paula Núñez y Díaz, don Manuel M.^a del Mármol y, por último, el poeta que nos ocupa, don José M.^a Blanco Crespo (Blanco White) (9).

Sus propósitos fueron, además del cultivo de la lírica, el estudio de los mejores escritos sobre las Bellas Letras, para lo cual leyeron y estudiaron los tratados de Luis Vives, P. André, Forney, Muratori, Rollin, Fleury y principalmente los *Principios de Literatura* de Batteux.

En su corta existencia (se deshizo a finales de 1801) la Academia conoció los más duros ataques de los tradicionalistas escolásticos a través de un libelo, «Carta familiar de D. Myas Sobeo a D. Rosauero de Safo». A la pregunta que formulaba sobre cuáles eran sus frutos, contestaron imprimiendo en un volumen las poesías selectas de Blanco, Reinoso y Lista, reunidas e introducidas por E. A. Vázquez (10).

El mérito de esta escuela estuvo en basarse en la autoridad de una tradición respetable, Reinoso y Roldán inclinados más hacia Herrera y Lista a Rioja, e infundiendo en la poesía el gusto delicado de la forma, en un tiempo en que reinaba el mal gusto y el prosaísmo. «Llamábanse poetas los que hacían versos en cualquier fiesta pública o privada ya con el vaso en la mano, ya con el objeto de imprimirlos. Pero para esta profesión no se hacía ningún estudio, ni aun se creía que fuese necesario hacerlo» (11). Contra este estado de cosas clama Blanco en su oda a Apolo (12):

«Baja y verás la turba que al sagrado
coro desprecia y de Helicón profana
la no manchada frente, y la gloriosa
cumbre blasfema con furor osado...».

Ellos harán una poesía «artificial, pero con elevación y dignidad en los asuntos y pensamientos», como reconoce el propio Menéndez Pelayo» (13).

Casi todos ellos tienen composiciones religiosas (14), que representan una reacción cristiana, obediente a una convicción fervorosa a la vez que a una alianza con reminiscencias mitológicas. Curiosamente, el tema favorito era la inmaculada concepción de la Virgen, que sin la sanción oficial de la

(9) Para más noticias sobre la escuela sevillana, MENDEZ BEJARANO, *op. cit.*, pp. 31-35; LASSO DE LA VEGA: *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, 1876; ALCALA GALIANO, A.: «De la escuela literaria formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado», en *Crónica Española de Ambos Mundos*, t. I (1860); LISTA, A.: «De la moderna escuela sevillana de literatura», en *Revista de Madrid*, I (1838), pp. 251-276; REINOSO, F. J.: «Historia de la Academia de Letras Humanas...» en *Archivo Hispalense*, II (1886), pp. 25-40, 49-64, 129-144 y 152-175.

(10) VÁZQUEZ, Eduardo Adrián: *Poesías de una Academia de Letras Humanas de Sevilla*, por la viuda de Vázquez y Cia., Sevilla, 1797, XXII + 142 pp.

(11) LISTA, Alberto: *op. cit.*, p. 253.

(12) Oda leída en la Junta del 7 de febrero de 1796. Publicada por E. A. VÁZQUEZ, *op. cit.*, pp. 46-48. También L. A. CUETO: *Poetas líricos del s. XVIII*, B.A.E. 61 (1869), p. 655.

(13) MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, C.S.I.C., Madrid, 1962, 3.^a edic., vol. III, cap. III, p. 439.

(14) Arjona: «A la concepción», «A la natividad de Ntra. Sra.», «A la muerte de S. Fernando». Blanco: «El Mesías», «A la Inmaculada Concepción». Lista: «La muerte de Jesús», «El canto del esposo». Reinoso: «El paraíso perdido». Roldán: «A la resurrección del Señor». Núñez: «A la Inmaculada Concepción»...

Iglesia era ya artículo de fe para la mayoría de los católicos y sobre todo para los sevillanos (15).

La labor de estos poetas, como la de ningún otro, no se puede enjuiciar independientemente de la época que les tocó vivir, puesto que su verdadero valor radica en lo que tienen de poetas del siglo XVIII, el siglo de la Enciclopedia y de la inquietud reformista. Los sacerdotes y frailes formaban casi exclusivamente el plantel de nuestros poetas y didácticos, eran casi los únicos que pensaban y leían y por eso entre ellos pudo prender antes que en otras clases el germen de la crítica y de la heterodoxia.

La obra poética de Blanco es muy desigual pero sorprendente; va desde las composiciones triviales, frías y a veces incorrectas, hasta las de tono más exaltado y aromonioso, íntimo y apasionado, pero todas son desgarrado documento de una vida que, ante todo, fue sincera y leal consigo misma.

Hay dos períodos bien diferenciados en su vida:

1.º Su estancia en España hasta febrero de 1810, que embarca para Inglaterra. Lo llenan sus aficiones literarias cultivadas junto a sus compañeros de la Academia de Letras Humanas. Parte de las composiciones de este período están en la Colección de la Academia, que se publicó en 1797 (16); las restantes fueron publicadas en los periódicos de Madrid y Sevilla (17). En general, son retóricas y altisonantes, que expresan pensamientos comunes y de moda, salidos de la pluma de un fácil versificador. Responden más bien al deseo de poetizar.

2.º Las composiciones de su larga estancia en Inglaterra (18). Sólo en dos ocasiones y muy próxima su muerte (19), volvió a escribir poesía en español; el resto en inglés. Ese período está comprendido entre otoño de 1839, tras la visita de Lucas Beck y sus hijos Juan y Mariana, hasta principios de 1840.

Esta poesía ya no conserva de la escuela sevillana, sino el culto de la forma y sólo en contadas ocasiones. Sus versos delicados y exquisitos dan preferencia al fondo sobre el estilo. Nuevas ideas poéticas corren por su mente y el deseo de expresar las expansiones momentáneas de su corazón llega a marginar la forma. Ahora es su alma la que busca respirar en poesía.

Entre las poesías de su primera época están las dos odas a la Inmaculada Concepción (20). Ambas muestran un inconfundible sello de escuela sevillana, por su asunto, por la ternura del sentimiento religioso y por sus artifi-

(15) La historia de la disputa entre franciscanos y dominicos sobre el tema de la concepción de la Virgen, se puede seguir en AGUILAR PIÑAL: *Historia de Sevilla*, vol. IV, p. 224. El largo proceso fue extraordinariamente resumido y narrado por el propio Blanco en sus *Cartas de España*, Madrid, 1977, nota A, pp. 334-339.

(16) VACQUER, E. A.: *op. cit.*

(17) *Semanario Patriótico* (sólo la «Oda a la Junta Central»), *Correo de Sevilla* (1804-1806), y *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla* (1855-1860).

(18) Blanco muere en Liverpool el 20 de mayo de 1841.

(19) «Cuando el deseo de hablar por última vez con los españoles parece rebosarme en el pecho». (Introducción a *Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra*, edición de Ignacio Prat, Edit. Labor, Barcelona, 1975, p. 27.

(20) Leídas el 8 de diciembre de 1794 y el 13 de diciembre de 1795 respectivamente en sendas Juntas de la Academia.

cios herrerianos. La primera se compone de cuatro solemnes estancias y la segunda de dieciséis liras de cuatro versos. En definitiva, y a pesar de la utilización de ciertos tópicos como son las alusiones mitológicas, el paisaje bucólico, etc., se trata de dos perfectas composiciones donde se mezcla el fervor mariano con un inocente optimismo juvenil. Estos elementos los comparte la égloga «El Mesías», basada en otra del poeta inglés Pope (21).

Compuso un nutrido grupo de poesías amorosas como son las ocho odas «a Dorila», «a Corila», tres «a Elisa», tres seguidillas y una canción (22). Pertenecen al género anacreóntico las primeras, utilizando en todas los más trillados tópicos de la poesía amatoria aunque con algunos aciertos. Se trata de una poesía sobria y casta, no se pasa en ella de las miradas y suspiros, a diferencia, por ejemplo, de las anacreónticas de Meléndez:

«...pues mírame; que sólo una dulce sonrisa me dará más aliento que cuanto Apolo inspira».	«...zagala, no te engañes que aun el más afligido pagado está, si logra dar a tiempo un suspiro».
---	--

También se dirige a sus compañeros y amigos exhortándolos en la virtud con títulos como los siguientes: «a Liceo», «de Albino a Fileno en la muerte de Norferio» (23). Estos nombres pastoriles que adoptaron, que suenan a falso y parecen hasta ridículos, nunca fueron inpedimento para la expresión sincera de un sentimiento, sino para todo lo contrario. «Entonces era uso disfrazarse los poetas con nombres llamados poéticos. También se creía oportuno que los nombres supuestos empezasen con la misma letra que los de pila...» (24).

Cierran la nómina poética de esta primera época las más claramente neoclásicas en el contenido como las que dirige «A Apolo», «A las musas» o «A Carlos III», el gran benefactor, «libertador que te destina / el alto cielo... / y (por él) la brillante luz / de la celestial sabiduría / al Mundo ilustra y en su amor lo inflama». O las filosóficas «La verdad», «La belleza», «El triunfo de la beneficencia» y «los placeres del entusiasmo», ofreciendo esta o aquella virtud como consuelo para el hombre en todo mal, al mismo tiempo que causa de sus placeres más dulces. En esta última, así como en «La voluntariedad y el deseo resignado», escrita en su vejez, asoma el pesimismo y la melancolía que ya siempre lo acompañarán, contradiciendo incluso los deseos del autor; así entre los hechizos del amor y de las musas exclama:

«... la morada
del dolor es la tierra; aquí su trono
tiene fijo, y en vano
se quiere huir de su certera mano».

(21) Leida en la Academia de Letras Humanas en 1797.

(22) Las seguidillas, aunque son posteriores, datan de 1839; las de Dorila y Corila, que son de 1795, comparten las mismas características.

(23) Licio es Lista; Albino, Blanco; Fileno, Reinoso; Norferio, Forner.

(24) ALCALA GALIANO: *Memorias*, Madrid, 1886, vol. I, p. 115.

Todos los metros de esta etapa inicial de Blanco no ocultan su factura de escuela y pese a sus indiscutibles méritos poéticos no se le puede considerar entre los líricos de primera magnitud. Están presentes en ellos el genio y el talante, el estilo brillante, un lenguaje correctísimo, que hacen de ellos una poesía valiosa, de tono digno y sostenido. Pero, «rara vez perdona el genio en una edad más adelantada las producciones que fueron primicias de su juventud, porque no es posible dar a estas flores la consistencia de los frutos. Los progresos que la razón hace con los años, el estudio y la experiencia, no las puede suplir el talento ni la fantasía...». Las composiciones de aquella época eran «más de lo que se podía esperar de unos jóvenes que se habían formado a sí mismos... La perfección debía ser obra del tiempo» (25).

La poesía de esta segunda época es, en general, muy superior a la que dio a luz en Sevilla y Madrid durante la primera mitad de su vida. El gusto poético de Blanco había experimentado un cambio muy considerable; familiarizado con los clásicos griegos, enriquecido con extensas lecturas de poetas extranjeros, no le movían a poetizar como en sus mejores días, temas religiosos, o las convulsiones del pueblo español.

Cuando poetiza, lo hace espontáneamente para expresar sus sentimientos más íntimos, la controversia de sus propias ideas. El gran subjetivismo, intimidad y sinceridad vertidos en sus versos, son las características más sobresalientes.

Los versos en inglés son muy numerosos y desiguales. Distribuidos por los tres tomos de su autobiografía se encuentran algunas composiciones como el soneto «On hearing myself for the first time called an old man» (Oyéndose llamar viejo por primera vez» (t. I, pág. 480), que es de tono filosófico, resignado y de tema muy común.

Después del epitalamio que dedicó a la ceremonia nupcial de la reina de Inglaterra y de los emocionados pareados que dedicó para el álbum de Miss Rathbone (t. II, pág. 335), las composiciones «Memorial of the Writer» y «Proofs of idleness, not of Conceit, under suffering», son muestras y pruebas escritas de los muchos y desesperados instantes que vivió en sus últimos días. Sirva de muestra la melancolía infinita descargada en estos versos, cuya traducción literal, hecha por M. Bejarano (26), transcribo:

«¡Líneas misteriosas! El corazón resiste a decir los sombríos manantiales de vuestro habitual encanto. Ausencia y muerte son las milagrosas fuentes que convierten en tesoros las cosas más triviales. Pero ¿por qué quejarse? La suavidad que penetra las más verdaderas virtudes del hombre brota bajo las sombras de la muerte. La tristeza es la que suaviza el brillo demasiado peli-groso del placer. Demasiado orgulloso sería el ojo nunca humedecido por una lágrima».

O estos otros en los que llega a desear la muerte, consumido por los padecimientos físicos, y disimulando mal la desesperación bajo la resignación cristiana:

(25) LISTA, A.: *op. cit.*, 263.

(26) «*Memorial of the Writer*», en M. BEJARANO, *op. cit.*, p. 494.

«¿Por qué el enojo inflámase en mi pecho?
¿Podrá calmar la cólera mi alma
y restaurar su paz?

.....
Sufre, le dicta, acepta tu destino
apura su amargor, mas no maldigas.

.....
Humilde, es cierto, mas Dios, no suyo;
y El no quiso negar su sacerdote.
Segura de su amor, alienta, ¡oh alma!
Breve es la ruta, rinde otro homenaje
de amor... y acaben tus cansados días».

Pero sobre todos ellos se alza una composición, el soneto titulado «Mysterious Night», también titulado en español «La noche y la muerte», el primero que dio a conocer en España y quizá el único al que el público español ha tenido acceso. Es una magnífica muestra de intuición poética, clara y delicada, una pequeña obra maestra. Se sabe por una carta del crítico inglés Samuel Taylor Coleridge de 28 de noviembre de 1827 que ya había escrito Blanco este famoso soneto que no duda en calificar como «el soneto más hermoso y más admirablemente concebido que tenemos en nuestra lengua» (27). Menéndez Pelayo también lo califica como «el mejor soneto inglés de los modernos tiempos» (28). El texto que hoy se conoce y se imprime no es el que escribió entonces, sino el que retocaba en octubre de 1838 y que es el siguiente:

«Mysterious Night! when our first parent knew
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?
Yet, neath a curtain of translucent dew
Bathed in the rays of the great setting flame,
Hesperus, with the host of heaven, came,
And lo! creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concealed
Within thy beams, O Sun, or who could find,
Whilst fly and leaf and insect stood revealed,
That to such countless orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?

Ha sido traducido en muchas ocasiones y con desiguales resultados, así como incluido en multitud de antologías (29), hasta el punto de haberse

(27) John Hookham Frere: *The life...*, t. I, p. 439.

(28) MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, lib. VII, cap. IV, C.S.I.C., Madrid, 1948, t. VI, pp. 211-213.

(29) «Main's Treasury of English Sonnets», p. 397; en «Three hundred English Sonnets», p. 304; en «Sonnets of this century, edited and arranged, with a critical introduction on the sonnet», by William Shaep.

creado toda una literatura en torno a él, como dice el crítico inglés William Shaep. Entre las traducciones más famosas y conocidas está la de su constante amigo A. Lista que la hizo sobre la redacción primitiva y que publicó en 1822 en la primera edición de sus *Poesías*:

EL SOL Y LA VIDA

¡Oh noche! cuando a Adán fue revelado
quién eras, y aun no vista, oyó nombrarte,
¿no temió que enlutase tu estandarte
el bello alcázar de zafir dorado?

Mas ya el celage etéreo, blanqueado
del rayo occidental, Héspero parte:
su muerte por los cielos se reparte,
y el hombre nuevos mundos ve admirado.

¡Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,
oh Sol; ¿Quién acertará cuando ostenta
la brizna más sutil tu luz mentida,
esos orbes sin fin que nos velabas?

¡Oh mortal! Y ¿el sepulcro te amedrenta?
Si engañó el Sol, ¿no engañará la vida?

Quizás la traducción más elogiada sea la del poeta colombiano Rafael Pombo (30). Es una traducción más libre aunque más fiel en el pensamiento:

Al ver la noche Adán por vez primera
que iba borrando y apagando el mundo,
creyó que al par del astro moribundo
la creación agonizaba entera.

Mas luego al ver lumbrera tras lumbrera
dulce brotar, y hervir allá un segundo
universo sin fin... vuelto en profundo
pasma de gratitud, ora y espera!

Un sol velaba mil; fue un nuevo oriente
su ocaso; y pronto aquella luz dormida
despertó al mismo Adán pura y fulgente.

¿Por qué la muerte el ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿por qué no ha de engañar también la vida?

Han traducido también el famoso soneto Enrique Piñeyro (31), Fernán Coronas (32) en alejandrinos, al latín por el escritor inglés Samuel Bond

(30) En GOMEZ RESTREPO, A.: *Historia de la literatura colombiana*, vol. IV, Bogotá, 1946, p. 175.

(31) PIÑEYRO, E.: «Blanco White» en *Bulletin Hispanique* XII (1910), p. 196.

(32) FERNAN CORONAS: «Blanco White y Draconcio», en *B.R.A.E.* VI (1919), p. 701.

(33), la de Antonio Elías (34) o incluso las más recientes del propio Jorge Guillén (35).

Todas las traducciones enumeradas, así como las muchas antologías que le han dado cabida, da prueba del interés que siempre ha despertado esta flor poética cargada de melancólica armonía, culminación de una serie de intentos y complacencias en torno a metáforas del firmamento, de la noche, de la oscuridad, de la nueva luz, etc. a las que, ya desde las primeras composiciones, había recurrido.

Hasta aquí las composiciones en inglés conocidas, y en las que expresa sentimientos y expansiones sinceras y apasionadas de su corazón y de una forma en la que parece no deber casi nada a la tradición poética sevillana.

Las poesías en español, aun conservando los viejos ecos formales de su juventud, comulgan con las inglesas en la preferencia del fondo sobre el estilo, en el acento íntimo y apasionado. Todas ellas fueron escritas durante el otoño de 1839 e invierno de 1840 y tras la visita de Lucas Beck y su hijo Juan, que lo obsequiaron con un ejemplar de la segunda edición de las *Poesías* de A. Lista que habían aparecido en 1837 y dedicadas a Albino (Blanco).

El conjunto de estas poesías es también desigual e interesante. Durante uno de los viajes que hizo de Liverpool a Dublín para visitar al arzobispo y gran amigo suyo Whately, concebiría una de sus composiciones más famosas y que es la silva «Una tormenta nocturna en alta mar». En ella, al cantar las zozobras de su navío en medio de una gran tormenta intercala unas profundas reflexiones sobre la vida, la muerte y los seres queridos. El tema de esta silva lo recreará en otra composición titulada «Escena y diálogo en un navío incendiado». Ambas están centradas en la escena que se narra en el capítulo tercero de su única novela *Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra* (36). Estas dos composiciones, pese a las reticencias del autor a publicarlas por considerar que había perdido el dominio del español, se nos muestran sobrias y majestuosas.

Entre todas las españolas de sus últimos años, sobresale el tristísimo y desolado soneto titulado «Poder del recuerdo de mi amigo Lista». Lo compone el 12 de febrero de 1840, un año antes de morir. Atormentado por los dolores de la enfermedad, sumido en su pesar y deseando morir, se acuerda de su entrañable amigo en este íntimo diálogo consigo mismo:

«Qué me resta, infeliz! si acongoiado
en alma y cuerpo, ni descanso un hora
ofrécame el dolor que me devora,
ni espera verle mi vejez templado?»

(33) M. PELAYO: *op. cit.*, t. VI, p. 211, nota 2.

(34) ENTRAMBASAGUAS, J.: «La traducción del famoso soneto de Blanco-White» en *Revista de Literatura* VI (1954), p. 349.

(35) GOYTISOLO, J.: *Obra inglesa de B. W.*, Seix Barral, Barcelona, 1982, p. 330.

(36) Edición de Ignacio Prat, Barcelona. 1975.

A su inclemencia y a la edad postrado
 en vano luce para mí la aurora,
 que no es el brillo con que el orbe dora
 solaz bastante al corazón llagado.

Mísero! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
 del sepulcro una voz que dice: «Abierta
 tienes la cárcel en que gimes. Vente?».

¿Por qué? pregunto. —Porque tierno amigo,
 en imagen vivísima, a la puerta
 se alza, y llorando dice: «No, detente» (37).

Resta por mencionar un conjunto de composiciones cuyo origen parece haber sido el de un simple ejercicio, como son «En una ausencia», «La verdad», «Herminia y Leonato», «A un teólogo glotón», «La revelación interna», todas escritas en 1840.

La poesía de Blanco, aun no rayando a la altura de los grandes líricos, es prueba de cuanto el talento puede lograr en poesía. Si la poesía de su primera etapa conserva la rectitud, a veces rigidez, la corrección y gusto de la tradición sevillana, con más propósito artístico que sinceridad pero de lenguaje florido y suave, la de su segunda época es más relajada en la forma pero más sentida, personal y apasionada. En general, a ambas las guía el mismo hilo conductor, el desengaño con tonos melancólicos, sin desesperanza al principio y desesperada, íntima y trágica al final. En conclusión, la poesía final de Blanco es la descripción de un paisaje espiritual desolado y angustiado muy próximo al gusto prerromántico.

(37) LASSO DE LA VEGA: *op. cit.*, p. 147.